

Andrenio
Perspectivas: conversación
(*La Voz*, 19-8-1922)

La opinión escéptica de Gómez Carrillo acerca de la crítica, acaso lanzada en broma, en una conversación familiar, la profesa en serio mucha gente. Es que no hay nada tan incomprensible como el amor a la verdad para los juicios humanos. La experiencia, la sutileza de los agudos ingenios y la cazurrería del vulgo coinciden en reconocer que esa beldad desnuda no es tan bella como dicen. Y, sin embargo, algún penetrante hechizo debe de tener su desnudez, cuando todos, aparte del tributo secreto recitado en lo íntimo, le rendimos de vez en cuando público homenaje, aun sabiendo que la verdad, cuando sale del pozo con su desnudez fuerte y radiante, hace más estragos entre los hombres que Elena entre griegos y troyanos.

Me ha sugerido estas divagaciones acerca de la crítica, la amistad y la verdad un libro reciente de Blasco Ibáñez, *La tierra de todos*, que no habla de ninguna de esas cosas. Tengo con Blasco una antigua amistad. He seguido paso a paso su obra de novelista en *La España Moderna* (la mejor de nuestras revistas literarias recientes; sírvale este juicio de oración fúnebre), en las críticas que escribí durante años en *Los lunes de El Imparcial*, en alguno de mis libros (*Letras e ideas*), en *Cultura Española*, en *La Época*. He aplaudido y creo haber comprendido sus grandes cualidades, sin dejar de conocer sus defectos. A pesar de estos antecedentes, que me calificarían de *blasquista* y no de *antiblasquista*, si fuese caso de partido, algunos han dado en decir que yo no estoy bien con Blasco Ibáñez y que con la amistad se ha enfriado mi admiración y estima literaria. Nada más lejos de la verdad que esas murmuraciones de portería del Parnaso. El origen de esta historia está acaso en una desaforada apología de Blasco Ibáñez, escrita por M. Camilo Pitollot, un escritor francés no falto de ingenio, pero sí del sentido de la medida, mezcla de *piou* y de hombre de letras, que manejó con tal brío el incensario en honor del gran novelista, que estuvo a punto de descalabrar a los circunstantes. Siendo uno de ellos, repelí el ataque. Aunque se trataba de Pitollot y no de Blasco Ibáñez, no es posible discutir una apología sin rozar al sujeto de ella, por mucho cuidado que se ponga. De ahí ha venido la leyenda de mi tirantez con Blasco, que quedaría desmentida si fuera pública nuestra afectuosa correspondencia. No es necesario. Véase en mi libro *Letras e ideas*, que es de 1905 (hace unos cuantos años) lo que digo de *La catedral* y lo que digo de *Cañas y barro*. Casi siempre hay cosas que aplaudir y cosas que censurar en la obra del artista. El aprecio y la admiración misma hacia el

literato o el artista que lo merecen no es un culto ciego. A lo sumo, sería un culto de dulía, como el que se tributa a los santos, y que no obliga a reverenciar sus acciones de pecadores.

Hasta algún *quídam* parece que ha creído descubrir el secreto de mi supuesta frialdad con Blasco Ibáñez: «¿Será que no le habrá convidado a almorzar?» ¡A mí, que soy dispéptico y me estremezco ante la perspectiva de un banquete! El *quídam* se engaña. Blasco Ibáñez me ha convidado a almorzar más de una vez, con su franca efusión; pero yo he aceptado pocas; a pesar de lo grata que me es su conversación, por el terror que me inspiran los menús de los restaurantes de moda, o bien por ausencias y ocupaciones.

Pues, con todo, esa falsa leyenda de la tirantez con Blasco me cohibe para hablar de sus libros. Casi me los hace *tabou*. ¿Podré alabar su fuerte temperamento de creador, su robusta visión sensible de pintor de frescos, sin que la malicia vea detrás de estas alabanzas segundas intenciones? ¿Podré indicar lo que debe a Zola y a Víctor Hugo sin que se crea que intento disminuirle? En estos casos, la posibilidad más racional y digna de aprovecharse es despreciar los chismes de portería.